

¡BAH!, BOBADAS

Aníbal Núñez

Bajamos en tropel las escaleras. Yo casi me caigo porque llevaba una bota desatada y pisé el cordón. Cuando llegamos al patio ya habían salido los de segundo. ¡Qué asco!: siempre les dejan salir al recreo antes que a nosotros. Y luego, claro, nunca está libre el campo de baloncesto. Jugar, sí nos dejan jugar, pues, si no, se lo decimos al hermano y les castiga, pero es que no me gusta nada jugar con críos que, además, son unos maulas. (Yo soy del equipo, soy titular y juego de ala). Estuvimos jugando con ellos otros dos de mi clase y yo. Yo quería que echásemos un partido, pero los de segundo no quisieron; decían que éramos unos abusones y que no les pasábamos una, así que estuvimos haciendo una rueda. Yo me cansé en seguida de hacer siempre lo mismo. Además, ellos no metían una y, por si fuera poco, no te pasaban bien el balón. Nuestro colegio está casi en el campo: detrás de la tapia solo hay una casa, un edificio muy grande que hicieron al acabar la guerra, según dice mi padre. Desde allí nos ven jugar. Cuando se asoma alguien a las ventanas intento lucirme y pongo más estilo. Sobre todo si se asoma una rubia que vive en el tercero, que es paralítica, la pobre. Bueno, eso me han dicho. Por lo menos no sale de casa. ¡Qué suerte no tener que ir al cole! Pero hoy no salió. Debe haber caído enferma. Cuando yo sea mayor voy a ser médico y voy a inventar una medicina que cure la parálisis. Bueno, lo intentaré.

Hoy sí hemos echado un partido. El de francés nos dejó salir en cuanto tocaron el timbre y llegamos los primeros al patio. Fede, Nini y yo fuimos a buscar el balón de baloncesto. Luego salieron los de cuarto y vinieron unos cuantos a que les dejáramos jugar. Hicimos dos equipos. Echamos pies Nini y yo, que somos del equipo de los pequeños (hasta cuarto) y me tocó escoger a mí, entonces escogía uno de cuarto que llaman la vaca marina y que es muy grande y asusta, aunque no tiene ni idea de jugar al baloncesto. Ganamos nosotros, pero me dio rabia que no se asomase la rubia del tercero, pues estuve jugando fenómeno y metí hasta un gancho con la izquierda, de campeonato.

Nos han dado las vacaciones. Aunque he aprobado todas, mi padre dice que no vuelvo a este colegio, que lo único que hacemos es romper botas jugando y rezar a la Virgen. Quiere llevarme al Instituto, que está más cerca de casa y le sale más barato. No sé si habrá en el Instituto equipos de baloncesto. Bueno, si no lo hay hago yo uno. Lo malo va a ser si luego no hay otros que jueguen en contra. Yo le he dicho a mi padre que no me cambie, porque en el cole ya tengo una pandilla. Pero no me hace caso y, además, me ha dicho que no le gustan mis amigos. Qué sabrá él cómo son. Si fuera por mi padre estaría todo el día hablando de política y de rollos de esos.

Cuando salí hoy al recreo del último día no quise jugar al baloncesto: me daba pena despedirme de aquel campo de cemento, que es reglamentario; la rubita no estaba tampoco. Hace ya un mes que no sale a la ventana. También me da pena por ella dejar el colegio. Pero esto no se lo he dicho a mi padre.

—Pase, pase. Por aquí, por favor... Señora, el doctor...

—Hágalo pasar a la salita, que está más ventilada. ¡Qué calor!

—Le he llamado a Vd., doctor, porque me lo recomendó la señora de... Qué, le gusta mirar a los chiquillos, cómo juegan...

—Oh, sí... Perdón.

—... la señora de Monje.

—Ah, sí, doña Candelas. Muy amigos míos su marido y ella.

—También a ella le encantaba mirar por la ventana cómo jugaban los niños. Me refiero a mi hija, ¿sabe usted? La pobre murió de leucemia, ¡pobre sol mío!

—Ya. Una pena, señora. Yo fui a ese colegio.

—¿Cómo dice? ¿Le ocurre algo?

—No, nada; no es nada, señora: el colegio... Yo... fui a ese colegio de pequeño... Veamos... ¿Qué le ocurre?

Bajamos en tropel las escaleras. Yo casi me caigo porque llevaba una bota desatada y pisé el cordón. Cuando llegamos al patio ya habían salido los de segundo. ¡Qué asco!: siempre les dejan salir al recreo antes que a nosotros. Y luego, claro, nunca está libre el campo de baloncesto. Jugar, sí nos dejan jugar, pues, si no, se lo decimos al hermano y les castiga,

pero es que no me gusta nada jugar con críos que, además, son unos maulas. (Yo soy del equipo, soy titular y juego de ala). Estuvimos jugando con ellos otros dos de mi clase y yo. Yo quería que echásemos un partido, pero los de segundo no quisieron; decían que éramos unos abusones y que no les pasábamos una, así que estuvimos haciendo una rueda. Yo me cansé en seguida de hacer siempre lo mismo. Además, ellos no metían una y, por si fuera poco, no te pasaban bien el balón.

Desde el tercer piso de la casa vieja un hombre nos miraba. Yo acababa de meter una cesta y me pareció que me decía sí con la cabeza. Como diciendo: «sí, ha muerto». Bueno, imaginaciones mías. No le conocía de nada y, a lo mejor, no se dirigía a mí. Lo que no sé es por qué me pareció que me decía que alguien había muerto. ¡Bah!, bobadas...